

SALVADOR TOSCANO: *Arte precolombino de México y de la América Central.* Prólogo de MANUEL TOUSSAINT. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México, 1944, ps. 557.

Es una publicación del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México e impresa en la misma Universidad.

Son 557 páginas, lujosamente presentadas; la letra grande, amplios márgenes y numerosas ilustraciones, reducen su extensión. Obra de conjunto, completísima por la información y detalle, que ha llenado una necesidad impostergable en el estudio de las poco conocidas culturas precolombinas, dado el carácter parcial de las obras que se han publicado y que sólo abarcaron: un centro cultural, una época, un estilo o una pieza de arte.

A la par que arqueólogo, es Toscano un crítico de arte que no se reduce a una fría presentación de materiales, sino que interpreta y juzga el arte americano precolombino con criterio americano y al mismo tiempo universal.

Enamorado del arte indígena, sabe ver e interpretar su contenido moral y psicológico y da así al estudioso, a la par que amplía información, elementos de juicio y comprensión.

La obra es útil no sólo para estudios de arqueología y arte, sino para el historiador en general, ya que las manifestaciones artísticas son, en estos pueblos que excepcionalmente dejaron testimonios escritos, las que nos permiten conocerlos.

Las hermosísimas ilustraciones del tomo, todas fotografías y los diversos diseños, ofrecen material suficiente para emitir un juicio propio sobre las culturas precolombinas.

Las diversas manifestaciones del arte indígena, arquitectura, escultura, pintura, cerámica, mosaico, plumaria y or-

febrería, han sido tratadas al detalle en sendos capítulos y a través de los diferentes centros de civilización y de las etapas culturales de cada uno, con mención y descripción de las principales piezas, materiales, estilo y técnica empleados, estado de conservación, lugar en que se encuentran, interpretación de las ideas que los alentaron y comparación y crítica de valores.

Añádase a esto la extensa bibliografía que acompaña a cada capítulo, en la que figuran todos los autores americanos y extranjeros que escribieron sobre el tema y será fácil comprender el inestimable valor de la obra.

Son de lamentar los descuidos en la redacción del texto, así como que trate las manifestaciones artísticas por separado, en vez de hacerlo en forma integral para cada centro cultural, detalles que, sin quitarle valor a la obra, le restan claridad y energía a la exposición, condiciones necesarias a un tema que si bien interesante puede volverse pesado.

Da la impresión de haber hecho un apresurado planeamiento para la distribución del extenso material, ya que la exposición debió ser ordenada de acuerdo a las principales culturas y a sus diversas manifestaciones artísticas en las diferentes etapas de su evolución.

La obra está prologada por Manuel Toussaint, Director del Instituto de Investigaciones Estéticas, quien destaca su valor como obra de conjunto y elogia a Toscano como crítico más que como arqueólogo, pues considera a la interpretación y crítica del arte aborigen como una necesidad impostergable.

Compara el arte indígena precolombino a los de Egipto, Asiria y China y señala su aporte al arte universal, pues las artes coloniales y del período post-independiente deben sus caracteres originales al arte indígena.

Consta el libro de nueve capítulos.

En el *primero*, sobre "Estética Indígena", el autor, partiendo de que el arte es la expresión cultural y psicológica de un pueblo y de acuerdo con la objetividad moderna, niega al ideal clásico como modelo y apoya la tesis de Riegl y Worrin-

ger de que “existen diversidad de voluntades artísticas y no diversidad de capacidad artística”.

Cada voluntad artística produce un estilo determinado y “si conocemos la historia del pueblo que lo produjo, comprenderemos la idea que representa, ahondaremos en su valor y gustaremos de él”.

La “armonía entre la forma material y la comprensión de la idea que representa nos producirá la legítima emoción estética”.

Este preámbulo nos da la posición de Toscano en toda su exposición y el espíritu que preside su obra.

Destaca dos épocas en el arte precolombino: una arcaica, anterior a la era Cristiana, en la que “lo monstruoso y siniestro producen un sentimiento de solemnidad y grandeza”. Es, según sus palabras, un arte “fascinante y sublime al mismo tiempo”. Son los tiempos de Teotihuacan, El Tajin, Tula, Monte Albán.

Una segunda y tercera época a partir de los siglos VIII o IX, en que el arte es cada vez más naturalista, más realista, el modelado es más suave, va en progreso el buen gusto, en desmedro de la energía y solemnidad, hasta llegar al estilo recargado y decadente (barroco). Son los monumentos de las ciudades mayas del antiguo Imperio, en Honduras y Guatemala: Palenque, Tikal y Copán y del Nuevo Imperio en Yucatán: Chichen Itzá, Uxmal.

Comienza luego la “Muerte de los Estilos”. A la llegada de los españoles las más brillantes culturas hacía mucho tiempo que habían sido invadidas por la selva y yacían olvidadas. Los mismos nahua con su soberbia Tenochtitlan y otros centros de cultura, como los de los Cempoallas, mostraban los signos de la disgregación.

En el “Arte y la Historia” sienta, el origen no americano del poblador prehispánico, lo que puede comprobarse no solamente por la ausencia de restos paleolíticos, sino por las semejanzas étnicas, lingüísticas y arqueológicas con pueblos asiáticos y de Oceanía.

En cambio la cultura prehispánica sí es autóctona, pues se desarrolló en América sin influencias extrañas.

No ha habido un centro único de dispersión cultural, sino diferentes centros, de los cuales parece ser el más antiguo el olmeca del "Riñón Veracruzano".

Se enfrasca luego el autor en la enumeración, ubicación y parentesco de los diversos pueblos de Méjico y América Central.

El mal ordenamiento del material, falta de claridad en la redacción, a lo que añadiremos los numerosos nombres indígenas, hacen pesado este capítulo.

Pudo clasificar los pueblos de acuerdo a su comunidad racial, lingüística y cultural, reduciéndolos a dos grupos: Mayas y Nahuas, y como centros respectivamente aislados los pueblos de la costa atlántica y del centro: Olmecas, Zapotecas y Mixtecas y los de la costa pacífica: Tarascos y Colimenses.

Dentro de este cuadro pudo hacer una descripción más clara y amena sobre el origen, distribución, parentesco, influencias recibidas, evolución cultural, etc.

En el Capítulo Tercero ya entra en materia con la Arquitectura.

Tropezamos aquí también con la mala distribución del material, pues en vez de dar primeramente los caracteres generales de la arquitectura en conjunto y distribuirla luego por centros, tratando su evolución en cada uno, o bien por edades: Arcaica, Edad de Oro, Barroca, etc., la distribuye de acuerdo a las manifestaciones artísticas y aun por los detalles de cada una: ciudades, plazas, recintos ceremoniales, muros, plantas, techumbres, etc.

Las ciudades indígenas no fueron tales en el sentido que hoy damos al vocablo. Eran aldeas agrupadas alrededor de monumentos religiosos, los cuales alcanzaron un grado de perfección y hermosura maravillosos; Tikan, Copan, Palenque, Uxmal, Chichen Itzá, Monte Alban, Mitla, etc., cuyos restos mutilados han quedado en las selvas y mesetas como testimonios de un pasado grandioso.

Hubo en su arquitectura el predominio del macizo sobre el vacío y las construcciones se alternaban con grandes espacios abiertos para dar impresión de solemnidad. Es un arte que mira hacia afuera y cuyas características deben buscarse en la naturaleza que lo rodea: sobrio, de líneas simples y pocos adornos en Teotihuacan sobre la meseta árida y desolada; suave, sensual, adornado entre la lujuriosa vegetación de Yucatán: Chichen Itzá, Mayapán, etc.

En la "Escultura", ha distribuido el material de acuerdo a los diferentes centros culturales. La escultura, inspirada como todo el arte en motivos religiosos, es de carácter ornamental y nace con la arquitectura y como en ella sus caracteres están determinados por el medio: austero en la meseta; elegante y suntuoso en la selva. Se trabajó en altos y bajo relieves y también se hicieron esculturas de bulto, combinando a veces en una misma pieza la escultura de bulto con el relieve.

Un rasgo propio de la escultura indígena fué la repetición rítmica del mismo motivo en la ornamentación.

Algunos pueblos, como los Olmecas, fueron esencialmente escultores y subordinaron las demás manifestaciones artísticas a ella: de ellos son las cabezas colosales y los finos trabajos en jade.

Entre los más notables monumentos escultóricos están las estelas, monolitos o pirámides trabajados en relieve y policromados, levantados con fines calendáricos y astronómicos. Ellas han permitido establecer las edades indígenas, pues generalmente se erigían cada período de 20 años (katum).

Casi todas sus esculturas estuvieron policromadas y ofrecieron un espectáculo maravilloso por el colorido. Desgraciadamente, poco o nada se conserva, pues ha sido destruído por los agentes externos. Las pinturas murales se asemejan a los frescos, sin serlo. La pintura fué una verdadera escritura ideográfica (pictografía) y evolucionó desde los brillantes coloridos en un solo plano hasta dar la idea de perspectiva por el claroscuro.

Las más famosas pinturas indígenas son los *Códices* de carácter mágico-religioso. Se conservan alrededor de 20 entre

mayas, aztecas, mixtecas y del grupo "Borgia" pues la mayoría fueron quemados por los misioneros cristianos, desconocedores de su valor histórico.

La Cerámica, es el arte más antiguo y el arte indígena por excelencia.

Va desde las más elementales vasijas de uso doméstico, a figurillas, vasos ceremoniales y a las famosas mascarillas sonrientes de los olmecas, de quien dice el autor "fueron los únicos que supieron dibujar la alegría de la vida en la más delicada de sus expresiones psicológicas: la sonrisa".

La técnica evolucionó desde el modelado a mano hasta el vaciado en molde y a su vez la ornamentación pasa del simple esgrafiado, a dibujos policromados, estucos y relieves. Las formas se inspiran en la naturaleza: zoomórficas, fitomórficas o antropomórficas.

Se destaca la cerámica plomiza de los pipiles que es un verdadero semividriado en colores gris metálico o anaranjado.

Los tarascos, cultura que por su aislamiento quedó en arcaica, poseen únicamente un arte de cerámica, cuyo estilo es único, sin paralelo entre los demás centros; ni austero, ni sensual, ni simplista, ni preciosista. Sus motivos exaltan lo monstruoso y tremendo y dan idea de terror o alegría dolorosa, cuando no son caricaturescos, burlones o irónicos.

El mosaico, arte aborígen por excelencia, es de incomparable belleza.

Rañan, bruñan y facetaban las piedras preciosas: jade, coral, turquesa y el oro o las conchas calcáreas y las pegaban con gomas vegetales sobre madera, cerámica o huesos y produjeron: joyas, máscaras, empuñaduras, yelmos, escudos y vasos.

Del arte plumario dice Toscano: "fué uno de los más preciosos y característicos de Méjico aborígen y sin embargo, debido a la naturaleza perecedera de la pluma, es uno de los menos conocidos, por la ausencia de ejemplares prehispánicos".

Usaban las plumas de los diversos y coloridos pájaros tropicales, las que pegaban o cosían sobre pencas de maguey o

cueros de venado, trabajándolas en forma de mosaico y fabricando maravillosos abanicos, brazaletes, sandalias, rodela defensivas o ceremoniales, mantas, penachos, etc. Es famoso el penacho que se conserva en el Museo Nacional de Viena, considerado como el que Moctezuma envió a Cortés en 1519 y éste a Carlos V.

El último Capítulo trata la orfebrería.

De este arte, que pertenece a los últimos tiempos, dijeron los conquistadores que su técnica y perfección llegó a maravillar a los mismos orfebres españoles.

Trabajaron en oro y piedras preciosas y su técnica fué desde el martillado a la fundición, con trabajo de filigrana. Restan contados ejemplares de estas joyas, casi todas encontradas en exploraciones modernas. Nada queda de lo que se remitió a Europa; Toscano es poco enérgico al condenar la destrucción de estos tesoros en España y Francia por la codicia del oro.

Las descripciones de M. de Anglería, Motolinia y otros cronistas, nos dan una idea de la perfección que alcanzó este arte entre los aborígenes y que según las palabras de Cortés, las joyas "eran tales y tan maravillosas que, consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quienes se tiene noticia pudiera tener tales y de tal calidad".

La breve reseña de los capítulos del Arte precolombino de Méjico y América Central, nos da la pauta del valor de las culturas prehispánicas desaparecidas y por ende del completo y hermoso libro de Toscano.

SOFÍA BARRIENTOS DE PETRY